

PASTOR'S LETTER

Octave of Easter – The Divine Mercy Sunday

Dear Brothers and Sisters in Christ,

On this Octave of Easter – the Feast of The Divine Mercy, we are drawn back to the glorious Easter Vigil when in the Exultant we heard proclaimed, *O Happy Fault that earned so great, so glorious a Redeemer*. In other words, if not for Adam's sin we would not know the sanctifying power of The Divine Mercy which dispels wickedness, washes faults away, restores innocence to the fallen, and joy to mourners, drives out hatred, fosters concord, and brings down the mighty.

The price has been paid for our sins in the *Precious Blood* of the only begotten Son – the *Lamb* slain for our offenses to restore us to a place of dignity in the family of God. In gratitude we profess the faith of Mother Church which sets us apart for the purpose of witness in truth and charity, a *Happy Burden* to say the least.

A phenomenon of our day is that far too many no longer believe in Christ nor want any affiliation with “organized religion.” This is due in part to the sins and hypocrisies of believers in Christ of which we all bear a certain guilt. In large part, though, the rejection of Christ's redeeming grace and the rejection of the Church is a repulsion to the burden of responsibility one must bear as a follower of the Risen Christ.

St. John holds nothing back in reminding us:

Everyone who believes that Jesus is the Christ is begotten by God, and everyone who loves the Father loves also the one begotten by him. In this way we know that we love the children of God when we love God and obey his commandments. For the love of God is this, that we keep his commandments. And his commandments are not burdensome, for whoever is begotten by God conquers the world. And the victory that conquers the world is our faith. Who indeed is the victor over the world but the one who believes that Jesus is the Son of God?

When a young man and just recently a young woman assured me they do not believe in God, I asked as I always do, “What or who then do you believe in?” In response to the young man who said, “I don't believe in God. I believe in man,” I countered with another question, “And what does man do to man?” To the young woman I felt a response well up from within, “You may not believe in God, but God believes in you.”

I feel so deeply the love God has for these young people and all who may lack the humility to simply believe in spite of the enormous obstacles ever present to foster doubt and discourage belief. To them and to all of us Jesus said, “*Blessed are those who have not seen and yet believe.*” Witness is the key to belief. That we love the people of God; that we love God and obey his commandments is sufficient in the long run. God will do the rest.

May the incomprehensible and greatest attribute of God, his *Divine Mercy*, emanate from our lives as a service rendered to the people of our time. Let it be evident to others that we have benefited, in fact we have been saved by his mercy. Let our lives show we are recipients of Christ's peace and let the light in our eyes give evidence to others that we have seen the Lord. And all this because in worship we humble ourselves like Thomas who whispers astonishingly, *My Lord and my God!*

Mother of Mercy pray for us!

Fr. Anthony Buś, C.R - Pastor

CARTA DEL PÁRROCO

OCTAVA DE PASCUA DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA

Estimados Hermanos y Hermanas en Cristo,

En esta Octava de Pascua – la Fiesta de La Divina Misericordia, somos llevados de vuelta a la gloriosa Vigilia Pascual cuando en la Jubilosa Proclamación escuchamos, *O Feliz Culpa que se ganó tan gran y glorioso Redentor*. En otras palabras, si no hubiera sido por el pecado de Adán no conociéramos el poder santificador de La Divina Misericordia el cual disipa la maldad, y lava las culpas, restaura la inocencia caída, y un júbilo a los dolientes, expulsa el odio, fomenta la concordia, y derriba a los poderosos.

El precio ha sido pagado por nuestros pecados por medio de la *Preciosa Sangre* del Hijo unigénito – el *Cordero* degollado por nuestras ofensas para restaurarnos hacia un lugar digno en la familia de Dios. En gratitud profesamos la fe de la Madre Iglesia la cual nos distingue para un propósito de testimonio a través de la verdad y caridad, a una *Carga Alegre* es lo menos que se puede decir.

Un fenómeno de nuestro día es que demasiadas personas ya no creen en Cristo ni quieren ser afiliados con la “religión organizada.” En parte por culpa de los pecados e hipocresías de los creyentes en Cristo de lo cual todos cargamos cierta culpabilidad. Aunque, en gran parte, el rechazo a la gracia redentora de Cristo y el rechazo a la Iglesia es una repulsión hacia la carga de responsabilidad que uno lleva como seguidor del Cristo Resucitado.

San Juan no se queda con nada y nos recuerda:

Todo aquel que cree que Jesús es Cristo el unigénito por Dios, y todo aquel que ama al Padre ama también al unigénito por Él. En esta forma sabemos que amamos a los hijos de Dios cuando amamos a Dios y obedecemos Sus mandamientos. Ya que el amor de Dios es esto, que mantengamos Sus mandamientos. Y Sus mandamientos no son una carga, ya que quien sea unigénito por Dios conquista al mundo. Y la victoria que conquista al mundo es nuestra fe. ¿Quién realmente lleva la victoria sobre el mundo sino aquel que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Cuando un joven y recientemente una joven me aseguraron que no creen en Dios, les pregunté como siempre lo hago, “¿En qué o en quién creen?” En respuesta al joven que dijo, “Yo no creo en Dios. Yo creo en el hombre,” Respondí con otra pregunta, “¿Y qué es lo que le hace el hombre al hombre?” A la joven sentí la respuesta muy dentro de mí, “Tal vez no creas en Dios, pero Dios cree en ti.”

Siento tan profundo el amor de Dios a estos jóvenes y todos los que carecen la humildad de simplemente creer a pesar de los enormes obstáculos tan presentes los cuales fomentan y desaniman la fe. Para ellos y para todos nosotros Jesús dijo, “*Benditos sean aquellos que no han visto pero aún creen.*” El ser testimonio es la clave a la fe. Que amemos el pueblo de Dios; que amemos a Dios y obedecer Sus mandamientos a lo largo es suficiente. Dios se encargará de lo demás.

Que el atributo incomprensible y más grande de Dios, Su *Divina Misericordia*, brote de nuestras vidas a través de nuestro servicio que le brindamos al pueblo de nuestro tiempo. Permitan que sea evidente a los demás los cuales hemos beneficiado, más bien hemos sido salvos por Su misericordia. Que nuestras vidas muestren que somos receptores de la paz de Cristo y que la luz en nuestros ojos muestre evidencia a los demás que hemos visto al Señor. Y todo esto porque en el culto nos humillamos como Tomás lo susurra con asombro, *¡Mi Señor y mi Dios!*

¡Madre de Misericordia ora por nosotros!

Padre Anthony Buś, C.R - Párroco